



JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO
Escritor.

El pueblo ruso busca su identidad

El derrumbe del comunismo ha sumido en una gran confusión ideológica y espiritual a los rusos, en cuyo fondo late la mentalidad de un esclavo, de una persona sometida a cualquier tipo de poder que piense y decida por él

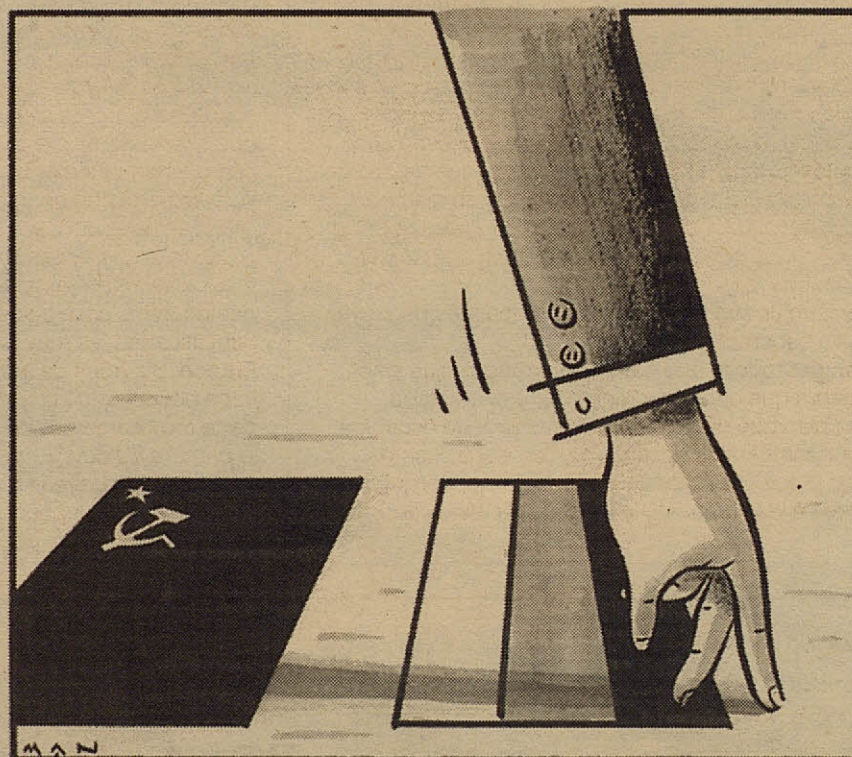
En Rusia, al derrumbarse el comunismo, parecen haber muerto **Marx** y **Lenin**, y también parece que las ideologías no interesen ya a nadie. Esto es lo que se cuenta de la situación allí, de lo que se ve y se escucha y se lee. Puede que en círculos minoritarios eso no sea así, pero de ellos no se sabe casi nada. Ni siquiera se aprecia que haya aumentado la religiosidad.

Entre los problemas diarios para sobrevivir con poco dinero en las desabastecidas tiendas y en los carísimos mercados que sólo admiten dólares, hombres y mujeres pueden plantearse dudas que no son capaces de resolver. ¿Quién soy? ¿En qué creo? ¿Dónde puedo hallar mi identidad?

La gran confusión ideológica y espiritual, el vacío de toda una sociedad, no pueden llenarse con fragmentos de viejas ideas, incluidas las religiosas. Ahora la religión no está perseguida y la Iglesia ortodoxa goza de plena libertad. Por ejemplo, **Eltsin** acude con frecuencia a alguna solemne ceremonia eclesiástica, y en Georgia **Sheverdnadze** se hizo bautizar públicamente. Pero estas actitudes son más políticas que religiosas.

Lo que sí puede detectarse es la presencia de un pequeño sector de gente interesada en mezclar la religión con la nostalgia de la santa Rusia zarista, con la descabellada idea de que se vuelva a instaurar la monarquía, cosa inimaginable. Pero también pequeños sectores nacionalistas rusos se esconden detrás de la tradición religiosa para difundir la idea de un renacimiento del gran pueblo ruso, cuando en realidad ese gran pueblo ruso, por razones históricas, no entró nunca en la civilización contemporánea: pasó del medievalismo zarista al comunismo.

La gran mayoría de la población estaba constituida, hace sólo unos 130 años, por auténticos siervos de la gleba, hasta la reforma zarista de 1861, que liberó a los campesinos de una verdadera esclavitud. Hasta entonces



no existía una ética del trabajo: se fawnaba bajo los bastonazos de los mayores, puesto que los campesinos no tenían interés alguno por la productividad de una tierra que no era suya y remoloneaban y robaban lo que podían para mejorar su sustento.

Lenin comprendió que sin cierta libertad económica Rusia no progresaría nunca, y en los años en que promulgó e instauró la Nueva Política Económica (NEP), el país comenzó lentamente a cambiar de identidad. Pero cuando **Stalin** llegó al poder, impuso la colectivización del campo. Los campesinos acogieron esta medida como un salto atrás y muchos se rebelaron y se enfrentaron al Gobierno comunista. La represión fue dura, costó muchas vidas y también traslados de poblaciones enteras de su lugar de origen a otro, a veces muy alejado. Aún así, la agricultura soviética no mejoró: ni los

koljoses ni los *sujjoses* fueron suficientes para aumentar la producción. Los *koljoses* eran unas cooperativas agrarias que, a más de abastecerse a sí mismas, debían vender al Gobierno sus excedentes; los *sujjoses* eran tierras propiedad del Estado en las que los trabajadores eran sólo unos asalariados.

Ahora, el Gobierno actual postula el derecho a la propiedad privada de la tierra y a la libre empresa; pero ocurre que en la mentalidad de muchos ciudadanos rusos aún perdura la idea de que la propiedad privada es un mal y la propiedad estatal un bien. Para muchos, imaginar que una persona pueda acumular un capital y enriquecerse con sólo su trabajo, es impensable, pues creen que esa persona roba o explota a los demás.

Para la ciudadanía moscovita resulta escandaloso que unas cuantas per-

sonas vivan derrochando dinero, que se dediquen a prosperar en el mercado negro, que ya no es tan negro, puesto que se desarrolla en pleno día y a la vista de la gente. Con la economía de libre mercado se han colado también costumbres occidentales: la gente joven parece, en general, estar interesada únicamente por la música anglosajona, el sexo y las prendas de vestir, a ser posible los tejanos. El paso del comunismo a la democracia ha producido un desasosiego y un temor en el ciudadano medio, que si ayer estaba harto de la dictadura, está hoy a la intemperie intelectual e ideológica. No es de extrañar que en muchas manifestaciones aparezcan personas mostrando el retrato de **Stalin** como un desafío a la democracia actual. En España ocurrió algo parecido en los años que siguieron a la muerte del dictador, pero la situación era muy distinta: en Rusia no se dio nunca una tradición verdaderamente democrática.

Hoy la prensa es bastante más libre, aunque no existe censura ni nadie marca las directrices de cómo y de qué deba escribirse. Es decir, se dan condiciones para que el ciudadano viva en libertad, pero la escasez de alimentos y bienes hace que surja el descontento en la calle, que proliferen multitud de pequeños partidos políticos que intentan hacerse oír en medio de la desorientación general.

El historiador **Aron Gurevic**, miembro de la Academia de Ciencias y muy conocido en Occidente, señala que en el fondo de todo ciudadano ruso late la mentalidad de un esclavo, de un sometido a cualquier tipo de poder que piense y decida por él. Tal aserto parece muy pesimista, pero **Gurevic** afirma lo contrario: "**No soy pesimista, pues viví bajo Stalin y Brejnev, y aquellos tiempos eran mucho más duros que los actuales. Creo que gracias a una política y a una cultura libres, el ciudadano ruso hallará su identidad, su verdadero carácter.**"